órden de Lannes fueron bárbaramente asesinados en el silencio de la noche, y arrojados al rio, el presbítero D. Santiago Sas y el padre D. Basilio Roggiero, maestro que habia sido de Palafox, sin mas motivo que su lealtad á la patria que les habia dado el sér. A título de presentes hechos por la junta, se apropiaron los generales franceses las joyas de mas valor, que la devocion habia consagrado á Nuestra Señora, en el magnífico templo donde se venera su santa imágen del Pilar, y que importaban cerca de 130.000 pesos fuertes.

Este segundo sitio duró dos meses. Perdieron en él los franceses mas de 8.000 hombres; y si no hubiera sobrevenido la epidemia, su pérdida hubiera sido mucho mas considerable y enorme, si hubieran conquistado á la fuerza toda la ciudad. De los españoles murieron en los dos sitios 53.873 personas, la mayor parte en el segundo, y en este de la epidemia. La ciudad padeció horrorosamente en sus edificios y caserío; pero inmortalizó su nombre, que sonará siempre en la historia en pos de Sagunto y de Numancia. Zaragoza fué la admiracion de toda la Europa. Zaragoza fué el despecho de Napoleon. Zaragoza fué un glorioso estímulo para todos los españoles, los cuales animados con su ejemplo, se presentaron por do quiera dignos compatriotas de los zaragozanos.

CAPÍTULO IX.

Conducta del intruso José: juntas criminales que establece.—Junta Central: es obedecida y acatada, no solo en España, sino tambien en las posesiones de Africa, América y Asia.—Celebra un tratado con Inglaterra.—Quieren los ingleses guarnecer á Cadiz: conmocion en aquella plaza.—Operaciones militares en la Mancha: en Estremadura.—Batalla de Medellin.—Hace José proposiciones á la Junta Central que las desecha.—Estado de la guerra en Cataluña.—Varios combates.—Bloquea Saint-Cyr á Tarragona, pero se vé obligado á alzar el bloqueo.—Muere Reding.—Somatenes.—Partidas: lealtad de los pueblos.—Hazañas de Porlier.—El Empecinado.—El cura Merino.—Asturias.—Castilla.—El marqués de la Romana en Galicia.—Atraviesa el Vierzo para ir á Asturias.—Rinde en Villafranca 1.000 granaderos enemigos.—Llega á Oviedo.—Siguele Ney, y entra mas tropa francesa en el principado por otros puntos.—Trasládase Romana por mar á Galicia.—Vuelve tambien Ney á esta provincia.—Entra Mahy desde Asturias en Galicia: y escarmienta á los enemigos junto á Lugo.—Crece la insurreccion en esta provincia.—Rindese la guarnicion de Vigo.—Guerrra en Portugal.—Evacua Soult este reino.—Accion del puente de San Payo.—Prision del general Franceschi.—Queda Galicia libre de enemigos.—Asturias.—Desgraciada tentativa de Ballesteros contra Santander.

Muy satisfecho estaba en Madrid el intruso José con las victorias de los ejércitos de su hermano. Creia ya consolidado su reinado, y asegurada en sus sienes la

corona de Cárlos V. Llevado de esta ilusion, quiso atraerse la benevolencia de los que él tenia por sus súbditos, con providencias y medidas que manifestasen su ánimo de restablecer el órden, la confianza y la tranquilidad. Empero los españoles se cuidaban bien poco de su solicitud, y aun los exasperaba, siéndoles insoportable la audacia con que un estranjero desconocido se arrogaba el derecho de mandarlos; y el modo que tuvieron de corresponder á sus cuidados, fué rehacerse de nuevo en todas partes, y proseguir la guerra con nuevo vigor contra los invasores. Mudó con esto de rumbo el pretendido rey, y creó unos tribunales especiales que con título de juntas criminales estraordinarias, no tenian mas oficio que sentenciar á muerte á los españoles que defendian á su patria, ó favorecian á sus defensores, á la par con los ladrones y asesinos con quienes los equiparaban. Sacrificó algunas víctimas tan monstruosa institucion; pero tambien contribuyó poderosamente á que se conservase y aumentase, si aumentarse podia, el encono de los pueblos contra tan sanguinarios huéspedes.

Naturalmente simultáneo del odio que profesaban los españoles al usurpador, era el amor y fidelidad al gobierno que ellos mismos se habian dado. Así la Junta Central era universalmente y sin escepcion alguna obedecida y acatada en toda la Península. Hasta en los mismos pueblos que personalmente dominaban los franceses, se cumplian sus mandatos con gusto y puntualidad en cuanto se podia: de las órdenes de José solo se ejecutaban las que hacia ejecutar la fuerza ó el miedo, con la mayor repugnancia, con mucha lentitud, y nunca completamente.

Aun mas: todas nuestras posesiones de Africa, América y Asia reconocieron su autoridad, despues de haberse declarado contra los usurpadores. No hubo una provincia, no hubo un pueblo en toda la vasta estension de la monarquía española, que no la rindiese homenaje. ¡Qué contraste entre José y la Junta Central! Ni aquellas lejanas y favorecidas regiones se contentaron con un estéril reconocimiento de la autoridad que habia creado la Península: ayudaron tambien al sostenimiento de la causa pública con abundantes socorros. Doscientos ochenta y cuatro millones de reales recibió de aquellos paises la Junta Central en el año de 1809, cuya mitad procedia de anticipaciones y donativos. Tambien recibió bastantes de los peninsulares, y algunos auxilios de Inglaterra, aunque no tantos como se decia. Fueron todos estos medios de mucho servicio para el gobierno español, apurado en estremo con las fuertes y repetidas desgracias que descargaron sobre la nacion á fines del año 8 y principios del 9. Dió tambien mucha consideracion en el continente á la Junta Central, y consistencia mayor á su autoridad, un tratado solemne que á principios de 1809 celebró con Inglaterra. Desde el principio del glorioso alzamiento de la nacion contra los invasores, entabló el gobierno británico relaciones amistosas con las juntas de diferentes provincias; y las estendió y estrechó mucho mas con la Central; pero no estaban afianzadas por ningun pacto formal. Ahora se formó un tra-

tado de paz y alianza entre los dos gobiernos, por el cual se obligaba la Inglaterra á no roconocer por rey de España sino á Fernando VII, ó al sucesor que reconociese la nacion española, y á emplear todas sus fuerzas en auxilio de los españoles contra Napoleon; pactando por su parte la Junta Central no ceder á la Francia la mas pequeña parte del territorio de la monarquía, ni en el continente de Europa, ni en ninguna otra parte; y no pudiendo ninguno de los dos gobiernos hacer con ella la paz sino de acuerdo con el otro.

Aunque unidos con estos vínculos los dos gobiernos, no faltaron entre ellos algunas diferencias. Fué una de ellas de bastante importancia; y se suscitó con motivo de querer los ingleses guarnecer con tropas de su nacion la plaza de Cádiz, temiendo, despues de los descalabros de nuestros ejércitos, que se apoderasen de ella los franceses. Opúsose la Junta Central con firmeza, bien que con decoro, y cedió por último de su intento el gobierno inglés. Hubo al mismo tiempo en Cádiz un alboroto, en que fué muerto el comandante del resguardo D. José Heredia, y á que dió ocasion el disgusto que causaba aquella pretension de los ingleses, la desconfianza y el temor, y las providencias poco meditadas del marqués de Villel, impertinentes tambien respecto de la comision que, así como otros individuos de la Central para otras provincias, habia recibido para la de Cádiz, de corregir abusos y poner órden en todas las cosas.

En medio de tantas atenciones, no se descuidaba la junta suprema de promover la reorganizacion y

aumento de nuestros ejércitos. Estaba ya reunido en la Carolina, al mando del conde Cartaojal, un cuerpo de 16.000 infantes y mas de 3.000 caballos, que debian darse la mano con las tropas que mandaba Cuesta en Estremadura, donde reunió muchos dispersos, y restableció en su ejército la disciplina y obediencia. Ocupaban á Mora unos 500 ó 600 dragones enemigos, y por disposicion de Cartaojal, bajó el duque de Alburquerque con 9.000 infantes, 2,000 caballos y 10 cañones; se aproximó á Mora, sintiéronle los franceses, y evacuaron el pueblo; pero fueron alcanzados por nuestra caballería, que cogió unos 80 dragones, y el coche del general Dijon, que los mandaba. Reunieron en seguida fuerzas considerables los franceses, y se retiró el duque despacio y en buen órden á Manzanares. Sucedieron estas cosas á últimos de Febrero.

Poco despues fué destinado el de Alburquerque á reforzar á Cuesta, porque los franceses tambien se habian reforzado en Estremadura, quedando Cortaojal en Ciudad-Real, desde donde avanzó hasta Yébenes, en cuyo pueblo la vanguardia acometió á un cuerpo de lanceros polacos, é hizo algunos prisioneros; pero prevenidos de antemano los franceses, se habian movido tambien en número de 12.000 hombres, divididos en dos cuerpos, con propósito de envolver á los españoles; por cuya razon retrocedió Cartaojal á Ciudad-Real. Acometieron los franceses á los nuestros el dia 27 de Marzo, se apoderaron de algunas piezas de artillería, y cogieron un gran número de prisioneros, desordenándose y dispersándose todo el ejército;

pero volvió á irse reuniendo en la sierra, estableciéndose el cuartel general en Santa Elena: los franceses hicieron alto en Santa Cruz de Mudela, esperando saber el resultado de sus tropas en Estremadura. Mandaba las nuestras en esta provincia el general Cuesta, que con severas providencias habia logrado reorganizar el ejército y sujetar al soldado á la mas estricta disciplina, relajada y enteramente perdida despues del asesinato del general San Juan. Salió de Badajoz, y asentó el cuartel general en Trujillo el dia 25 de Enero: se retiraron los franceses hácia Almaráz, de cuyas inmediaciones fueron ahuyentados, ocupando nuestra vanguardia el puente, que mandó cortar el general, el cual permaneció en Jaraicejo y Deleitosa hasta el mes de Marzo. Llegó en este tiempo el mariscal Victor: hizo pasar 13.000 infantes y 800 caballos por el puente del Arzobispo para acometer á los nuestros, situados al otro lado del rio. Fuéronse estos retirando en buen órden hasta Santa Cruz del Puerto, no sin pelear con serenidad y á veces con ventaja, porque cerca de Miajadas embistió nuestra caballería á la enemiga y mató mas de 150 hombres.

El dia 27 de Marzo se reunió el duque de Alburquerque con 3.500 hombres y 200 caballos al general Cuesta, que resolvió presentar batalla el dia 28 á los franceses junto á Medellin, cuna del célebre Hernan Cortés. Formó pues en las inmediaciones de aquella villa las tropas de su mando, que en número de 20.000 infantes y 2.000 caballos ocupaban un semicírculo de una legua. Los franceses ascendian

á 18.000 infantes y casi 3.000 caballos, mandados por el mariscal Victor, que los colocó y dispuso para el combate. Empezó este con los mejores auspicios para los españoles, pues rechazaron á la primera division enemiga que acometió; y por espacio de dos horas no solo escarmentaron y contuvieron al enemigo, sino que le hicieron perder bastante terreno, señalándose la tropa ligera en su arrojo y valentía. Estaban ya nuestros soldados para apoderarse de una batería francesa, cuando algunos cuerpos de caballería que debian acometer al enemigo, volvieron la espalda y huyeron apresuradamente: trató de detenerlos D. José Zayas, que iba en la vanguardia, pero no lo consiguió. Corrió el general en jefe á remediar aquella afrenta, al tiempo que cargando la caballería enemiga, cayó del caballo y quedó muy mal parado; pero no conocido por los enemigos, que pasaron adelante, pudo otra vez montar á caballo y salvarse. Por último, nuestro ejército fué enteramente roto y desbandado: solo el duque de Alburquerque pudo mantener alguna gente reunida, y prolongar por algun tiempo la resistencia en una posicion que tomó. Mas como era tanta la confusion que causaban los que venian huyendo, se desordenaron tambien sus soldados, y se disolvió enteramente todo el ejército. Seguia el alcance la caballería enemiga, que hizo un horrible destrozo en nuestra infantería. Perdimos en aquella batalla 10.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Fué una de las mas desastrosas que se dieron en esta guera: desgracia debida en parte á la vergonzosa conducta de algunos

cuerpos de nuestra caballería, y en parte á la mala colocacion de las tropas en el órden de batalla. Ninguna seguridad podia ofrecer una estensa línea, nada corpulenta, sin reserva que la sostuviese, ni punto alguno á la espalda donde apoyarse. Así fué, que á pesar del valor y serenidad de nuestra infantería, aunque bisoña, habiendo faltado la cooperacion de la caballería, fué abierta por los enemigos nuestra línea, y no tuvo la tropa quien la sostuviese, ni puesto alguno donde resistirse. Castigó el general Cuesta á la caballería que no habia cumplido con su deber, y se retiro á Monasterio con las reliquias de su ejército, al que se agregó por la Junta Central el de la Mancha, al mando inmediato de D. Francisco Venegas.

No se abatió la Junta Central con esta desgracia; antes bien, solicitada por el gobierno intruso de José para un acomodamiento, respondió que solo se prestaria á oir proposiciones, si se asentaba por base y primera condicion, que las tropas francesas evacuasen al instante toda la Península, y se restituyese Fernando VII al trono de sus mayores. En el mismo sentido respondieron tambien el ministro de Hacienda de la Junta Central D. Francisco Saavedra, y D. Gaspar Melchor de Jovellanos al general francés Sebastiani, que les habia escrito al mismo propósito.

Tampoco decaia de ánimo la nacion con noticias tan aciagas. Lejos de eso, en todas partes se avivaba mas y mas el fuego de la insurreccion contra los franceses. Así, mientras pasaban en el Mediodía de

la Península las cosas que acabamos de referir, no se daba menos que hacer á los enemigos en los demas puntos del reino; solo en Cataluña se consumieron dos millones de cartuchos en poco tiempo; porque aumentando y disciplinando diariamente sus tropas el general Reding, estableció en el principado una guerra de montaña que los mortificaba y embarazaba sobre manera. Muy exaltado estaba el espíritu de los catalanes, y cada vez mas emperrado contra aquellos huéspedes invasores; en tanto grado, que habiendo entrado al principiar Enero unos cuantos prisioneros franceses en Lérida, se irritó el pueblo al verlos, entró á viva fuerza en el castillo, donde se custodiaban, asesinó á algunos de ellos, y á varios españoles que sindicados de trato con los enemigos se hallaban encerrados en aquella fortaleza. Contrista el recuerdo de estos sangrientos escesos; y crece el pesar considerando que tal vez pudieran evitarlos las autoridades con prevenciones oportunas. De resultas de este suceso envió Reding 300 hombres á Lérida, y los principales perpetradores del delito fueron rigorosamente castigados.

No es posible narrar todos los encuentros, todas las refriegas que ocurrian con los enemigos, ni circunstanciadamente las principales acciones de esta guerra tan empeñada. Ciñéndonos pues á los límites de la historia, al entrar en un periodo fecundísimo en sucesos militares, referiremos con brevedad los principales, empezando por Cataluña, cuya campaña vamos describiendo.

Avido de gloria el general Reding, de ánimo re-

suelto y arriscado, de corazon español, aunque de nacion suizo, no solo molestaba á los franceses con una guerra de rebatos, de partidas y sorpresas, segun hemos indicado, sino que revolvia tambien en su mente cómo apoderarse de Barcelona, fiado en los tratos que tenia dentro de la plaza y en las fuerzas de su ejército, que ascendian ya en Febrero á mas de 25.000 hombres, y contando ademas con la fuerza irregular, pero importante, de los somatenes. Para lograr su objeto determinó atacar al ejército enemigo, que constaba de 18.000 hombres, y no vivia ciertamente desprevenido. Estaba situado en el Panadés, desde donde vigilaba todos los movimientos de los españoles; y viendo que iban á acometerle, tomó él la delantera, y se pusieron sus divisiones en marcha para atacar á los nuestros, que tambien se habian puesto en movimiento. Mandaba una el general Chavot, la cual se encontró con las tropas españolas, cuyas guerrillas batieron á las de los franceses, é hicieron prisionero á un coronel con otros 100 hombres. Pero el general en jefe Saint-Cyr, que habia llegado al socorro de los suyos, hizo retroceder á nuestras tropas, y atravesando la línea que habia formado Reding, penetró hasta Igualada, donde entró, habiéndola evacuado el general Castro, que la ocupaba, y retirádose á Cervera y Montmeneu. Dejando á Igualada bien guarnecida, cayó Saint-Cyr sobre la izquierda de los españoles, y desalojó de San Magin al brigadier Iranzo, que se refugió en el monasterio de Santas Cruces. Acometieron los franceses el monasterio, propusieron á los españoles que capitulasen, pero nada consiguieron; manteniéndose firmes los nuestros é incorporándose por último con Reding, que habia acudido á librarlos. Agregáronse otras tropas á este general; quien cerciorado de que Saint-Cyr se habia reforzado tambien, y trataba de interponerse entre él y Tarragona, retrocedió á esta ciudad, desde donde se encaminó con 10.000 hombres hácia Mont-Blanch. Desde allí emprendió otra vez la vuelta de Tarragona el dia 25 al amanecer; pero habiendo encontrado á los franceses en el camino, aunque podia proseguir su marcha, tomó posicion en unas colinas, ansiando siempre por pelear, y se trabó un combate general, en que al principio rechazaron nuestras tropas ligeras á las del enemigo. Pelearon valerosamente los nuestros por espacio de cuatro horas: reforzáronse entonces los franceses, que acometieron impetuosamente á los españoles; mas estos se sostuvieron con el mayor teson. Por último, lograron los franceses romper nuestra línea; y aunque no pudo rehacerse, se salvó la tropa alejándose en dispersion, recogiéndose muchos soldados en Tarragona, donde tambien entró por la noche el general Reding, que acometido por la caballería francesa se defendió bizarramente con varios oficiales que le seguian, y recibió cinco heridas en el choque. Perdimos en aquella accion mas de 2.000 hombres; murieron algunos oficiales de graduacion, otros quedaron prisioneros, uno de ellos el marqués de Casteldosrius.

Debilitada así la fuerza del ejército catalan, más por su desorganizacion que por la pérdida material que habia sufrido, se propuso Saint-Cyr apoderarse

de Tarragona; y no pudiendo lograrlo por la fuerza, determinó bloquearla rigurosamente, esperando que se viese en la necesidad de rendirse, por hallarse infestada con los muchos enfermos que se hallaban encerrados dentro de sus muros. Bien pronto tuvo que desistir de su intento. El general Wimpffen, á quien Reding, antes de moverse de Mont-Blanch, habia dejado con 5.000 hombres en observacion de Igualada, habia reunido hasta 10.000, y obligó á los franceses á evacuar aquella villa, y retirarse á Villafranca. Bloqueó en seguida á Barcelona; y acometido por el genral Chabran, el mismo que habia salido de Igualada, hizo retirarse al francés apresuradamente. Quedó por tanto cortada la comunicacion entre Barcelona y las tropas que bloqueaban á Tarragona; y aunque por último pudo romper el general Chabran, conoció Saint-Cyr la imposibilidad de mantenerse en aquellos puntos, y se retiró hácia Vich, pasando por Barcelona, donde quiso obligar á las autoridades civiles á prestar juramento de fidelidad á José: resistiéronse todos con un valor heróico, por cuya razon fueron encerrados en la ciudadela y en Monjuich 29 patriotas, quedando otros muchos arrestados en sus casas. Poco tiempo despues fueron trasladados á Francia.

Habiendo salido de Barcelona, llegó Saint-Cyr el dia 18 de Abril á Vich, donde solo encontró al obispo, seis ancianos y los enfermos. Aproximóse de este modo á Gerona, que pensaba sitiar, libre del cuidado que le daba el ejército español, especialmente despues del fallecimiento del general Reding, que murió de sus heridas el 23 de Abril. Aunque estranjero, murió querido y llorado de todos los españoles, que le miraban como compatricio, y lo era verdaderamente en el corazon. Seguia al mismo tiempo en toda su fuerza la guerra de los somatenes en el principado; y con tal obstinacion, encono y encarnizamiento, que tenia aterrados y abatidos á los soldados franceses, y desatentados á sus generales.

Mas no fué solo en Cataluña donde se adoptó este género de guerra; bien pronto lo adoptaron todas las provincias de la Península, unas en su totalidad, donde era el terreno análogo al de Cataluña; y otras, segun lo permitia su topografía, levantándose partidas, que capitaneadas por caudillos determinados, tenian en una continua alarma á los franceses; tanto mas, cuanto que fovorecidas y auxiliadas por los naturales, rara vez podian ser sorprendidas; habiendo habido ocasiones, que nosotros hemos presenciado, en que ocupado repentinamente por tropa francesa un pueblo donde se hallaba una de estas partidas ó guerrillas, se mantuvieron en la poblacion todos sus individuos armados y montados, y alojados en las mismas casas en que lo estaban los franceses, sin que ni una mujer ni un niño tuviese la indiscrecion de descubrirlos. Tambien era muy frecuente comer, beber y divertirse con los soldados franceses que estaban de guarnicion, guerrilleros vestidos de paisanos, y comisionados por sus jefes para espiar la actitud y movimientos de los enemigos. No pocas veces hacian lo mismo soldados y aun oficiales del ejército con comision permanente que duraba años, como nosotros mismos lo hemos visto, saliendo del seno mis-

mo de las guarniciones enemigas noticias casi diarias sobre cuanto podia interesar á los que mandaban nuestros ejércitos, sin que con conocimiento y á vista de toda la poblacion tuviesen los franceses la menor noticia. ¡Admirable sigilo y lealtad por parte de los pueblos!

Pero tal era la disposicion unánime de todos los españoles. Así se aumentaban y se engrosaban prodigiosamente las guerrillas en toda la Península. No es fácil numerarlas, ni nosotros tenemos noticia de todas: su número era casi increible. Las principales llegaron con el tiempo á constituir divisiones respetables, que tenian á raya á los batallones franceses, los acometian á veces, y los destrozaban ó hacian prisioneros. Las mas considerables fueron las de Mina, Longa, el Empecinado, D. Julian Sanchez, el cura Merino y D. Juan Diaz Porlier, conocido por el nombre de el Marquesito, porque se le suponia sobrino ó pariente del marqués de la Romana.

Era Porlier un oficial del ejército: despues de la batalla de Burgos, en que se halló con su regimiento, fué comisionado para reunir dispersos; y teniendo ya en Enero de 1809 alguna gente, y por su segundo á D. Bartolomé Amor, sorprendió á los franceses en Fromista, Rivas y Paredes de Nava, y se apoderó de los prisioneros que custodiaban en Sahagun, cogiéndoles á ellos mas de 100. Aumentada su partida, acometió á los enemigos, que en número de 400 hombres y dos cañones guarnecian á Aguilar de Campó, y tuvieron que rendirse; porque aunque se encerraron en el cuartel, donde estaban defendidos por su

artillería, mandó Porlier destruir el techo desde la torre, arrojando encima piedras de mucho peso, con lo que quedaron los franceses al descubierto.

Empezó tambien en aquel invierno sus correrías D. Juan Martin Diez, natural de Castrillo de Duero, y conocido con el nombre de el *Empecinado*, que dan en el país á todos los vecinos de aquel pueblo. Reunió bastante gente, é incomodó mucho á los franceses por tierra de Aranda y provincia de Segovia; cogiendo varios prisioneros, que condujo á Ciudad-Rodrigo en la primavera siguiente, en la cual empezó á formar su partida D. Gerónimo Merino, párroco de Villoviado, con la cual dió que hacer en gran manera á los franceses. Lo mismo hicieron los demas partidarios que hemos nombrado, y todos los que se levantaron, de cuyos hechos hablarémos segun se presente la oportunidad.

Reunia por este tiempo en la parte oriental de Asturias 5.000 hombres D. Francisco Ballesteros, capitan retirado, elevado por la junta de aquel principado al grado de mariscal de campo. Apostado con esta gente á las orillas del Deva, incomodaba de continuo á los enemigos, que estaban situados á la otra parte del rio; los desalojó por Febrero de los puntos que ocupaban, y por Abril penetró hasta San Vicente de la Barquera, despues de una accion en que fueron rechazados con pérdida los franceses. En la parte occidental mandaba 7.000 D. José Worster, oficial antiguo de artillería. Con ellos penetró en Galicia por Rivadeo, donde su tropa, por falta de disciplina, cometió varios escesos y asesinó al comer-